

Y «es que todo paisaje está dotado de valor en tanto en cuanto expresa el resultado de la interacción entre naturaleza y cultura, lo que es en sí mismo, un hecho poderosamente valioso».³ Es decir, todo paisaje es único y tiene unos procesos con dinámica propia, incluyendo (como también introdujo el Tratado de Florencia) aquellos cotidianos y/o degradados.

Para terminar, los autores proponen un marco para la gestión del paisaje a través de una sistematización que evita la superficialidad de tratar las formas y su estética, incluyendo criterios de referencia y actuaciones concretas para la gestión: planificación, programación y actua-

ciones de identificación, recuperación, educación y concienciación en el valor del paisaje.

Intuyo que esta obra tendrá seguidores y detractores. O, mejor dicho, intuyo que los autores intuían eso antes de publicarla. Porque mirar de una manera responsable nuestro entorno no es fácil si no queremos ser conscientes de cómo estamos influyendo directa o indirectamente sobre el paisaje que todos construimos.

Elena María Muñoz Espinosa

Profesora de Paisaje

ETSI de Caminos, Canales y Puertos

Universidad de Castilla-La Mancha

HEYD, Thomas (2007)

Encountering Nature. Toward an Environmental Culture

Burlington: Ashgate

Muchas de las personas que viven en nuestra sociedad occidental sienten una profunda fascinación por la naturaleza, por sus criaturas y sus paisajes. Les cautiva en una mezcla de curiosidad, admiración, y a veces idealizada nostalgia de una vida más natural, que puede traducirse en el deseo de «regresar» a la naturaleza. Sin embargo, tal deseo no suele ir acompañado de un conocimiento suficiente y, sin él, nuestra pasión por la naturaleza puede ser tan destructiva como lo sería nuestro desprecio. Tenemos un claro ejemplo en los estragos que producen ciertas formas de «turismo verde» multitudinario, o, en el extremo contrario, lo que sucede cuando la creación de parques nacionales en África o Asia para preservar la vida salvaje se realiza expulsando a la población indígena del territorio que había habitado durante milenios. En este contexto, se hacen cada vez más necesarios trabajos como

el que aquí presentamos, donde Thomas Heyd afronta de manera serena y clara la complejidad de los problemas y sabe mantener un prudente equilibrio, lejos de extremismos, catastrofismos y falsas esperanzas.

Encountering Nature comienza denunciando que nuestra sociedad occidental no ha sido capaz de desarrollar una buena forma de relacionarse con la naturaleza:

In this book, I propose that the environmental degradation that we are increasingly experiencing is best conceived as the result of a general *cultural mismatch*. By this I mean that the cultural wherewithal of most industrialized societies, comprised not only of particular beliefs but also of a certain mix of habitual behaviors, practices and values, is not generally suited to the natural environmental conditions in which we find ourselves. Our cultural evolution has been neglecting to figure in an important *agent*, namely the natural environment

3. Com. pers. de los autores, 29 de julio de 2008.

as an active participant in the shaping of our living spaces.¹

De este diagnóstico, Heyd no extrae la conclusión schopenhaueriana de que el ser humano es irremediablemente destructor, o de que naturaleza y cultura son dos opuestos irreconciliables que más valdría mantener separados, como argumentan quienes creen que la única forma de proteger la naturaleza es encerrarla en santuarios donde ningún ser humano pueda entrar, y liberarla así de nosotros mismos. Al contrario, la tesis que este libro defiende es que el ser humano necesita de la naturaleza para una vida plena, y que también la naturaleza se beneficia de una buena convivencia con el ser humano. Según Heyd, es posible reconciliar la protección de la naturaleza con nuestro deseo de convivir con ella. Una convivencia que ya no podría basarse en su instrumentalización, sino en una relación simbiótica en que seres humanos y no humanos puedan desarrollarse juntos y enriquecerse mutuamente.

La búsqueda de una cultura capaz de convivir en simbiosis con la naturaleza no se traduce sólo en reconducir nuestra ciencia y tecnología para que hallen soluciones a la crisis ecológica. Es toda nuestra cultura lo que debemos repensar desde sus raíces. Necesitamos comprender que no se trata de resolver problemas puntuales, sino aprender a pensar nuestra comunidad como algo que integra a la vez a los seres humanos y a la naturaleza.

Estas son las ideas que el libro propone, y dos elementos hacen su desarrollo especialmente sugerente. Uno de ellos consiste en los vínculos que traza entre la ética y la estética de la naturaleza. Esas interrelaciones eran comunes en la tradición de pensamiento que va de Henry David Thoreau a John Muir o Aldo Leopold, pero la estética de la naturaleza ha estado muy descuidada durante décadas,

y ambas disciplinas necesitan volver a encontrarse en una reflexión sólida. El otro elemento es el profundo conocimiento que posee el autor de una diversidad de lenguas, culturas y formas de vida. Heyd creció en España, se formó en Canadá, ha trabajado en Latinoamérica, Alemania o Japón, y su afición a caminar por la naturaleza lo ha llevado a los paisajes más diversos. Eso le permite plantear sus ideas desde una pluralidad de ejemplos concretos, y contrastar cómo culturas distintas afrontan los problemas con actitudes diferentes.

La primera parte del libro, dedicada a la ética, plantea la incómoda cuestión de por qué las teorías ecologistas desarrolladas sobre todo a partir de los años setenta han resultado tan poco efectivas, y afirma que lo realmente urgente no es construir buenas teorías éticas, sino sobre todo crear una conciencia medioambiental y un sentido de la responsabilidad individual que lleve a las personas a actuar de forma respetuosa con la naturaleza. Para conseguirlo, el camino que Heyd propone es cultivar encuentros con los entornos naturales que permitan obtener un mayor conocimiento por experiencia de la naturaleza y el desarrollo de actitudes empáticas hacia los seres vivos. Es necesario que aprendamos a reconocer a los seres vivos y a la naturaleza en general como entidades autónomas y moralmente significativas, frente a las cuales debemos admitir nuestra finitud y poner límites a nuestros actos, asumiendo que el resultante diálogo será más valioso que permanecer en un monólogo que nadie escucha.

El autor se centra entonces en analizar un caso concreto, cómo deberían cambiar nuestros hábitos y actitudes en el lugar de trabajo, que la sociedad occidental separa tan radicalmente del hogar o el espacio público, y donde se desarrolla una parte muy significativa de nues-

1. Heyd, Thomas (2007). *Op. cit.*, p. 2.

tra vida. Las acciones que realicemos en nuestra jornada laboral serán determinantes para conseguir una mejor o peor relación con el entorno natural.

En contraste con ello, Heyd explora cómo algunas culturas latinoamericanas tradicionales habían integrado en su forma de vida su relación con el entorno, y al sufrir la expropiación de sus tierras, la contaminación, o la presión del mercado global por parte de esa colonización occidental que no cesa, han ido desarrollando pensamientos lúcidos y críticos, y ensayando formas de vida alternativas. El autor examina tres corrientes de pensamiento ecologista propias de Latinoamérica: la etnoecología, la ecología social y la ecología liberadora o restauradora. A diferencia del pensamiento ecologista occidental, estas corrientes integran la protección de la naturaleza dentro de la construcción de la comunidad, que consta tanto de seres humanos como del entorno y las especies que lo habitan, y entrelazan la ecología con manifestaciones de resistencia, autonomía y autoafirmación frente a las nuevas formas de colonización occidental.

La segunda parte del libro se centra en la estética de la naturaleza y en cómo podría contribuir al desarrollo de una conciencia medioambiental. Heyd acepta la idea del filósofo canadiense Allen Carlson de que, para apreciar estéticamente la naturaleza, necesitamos un conocimiento de lo que la naturaleza es. Pero mientras Carlson cree que ese conocimiento lo proporcionan de manera exclusiva las ciencias naturales, Heyd defiende que podemos comprender mejor los entornos naturales gracias a la ciencia, el arte, la literatura, los mitos, las narraciones locales o el folclore tradicional. Su teoría, que él denomina *the many stories about nature*, afirma que una pluralidad de formas de conocimiento pueden ayudarnos a comprender mejor la naturaleza. Con ello está defendiendo dos ideas: en primer lugar,

que la cultura nos ayuda a conocer la naturaleza; y en segundo lugar, que las formas de conocerla son plurales y diversas. Eso no implica, por supuesto, que «todo valga», sino que en cada caso particular, para cada entorno concreto, habrá que decidir cuáles serían las fuentes más apropiadas y cuáles en cambio inapropiadas.

A partir de estas ideas, desarrolla tres casos que poseen un valor ejemplar. En primer lugar, defiende que la literatura puede enseñarnos a apreciar la belleza natural, y lo muestra con la obra del poeta japonés del siglo XVII Matsuo Bashō, quien puso los fundamentos para una estética del caminar por la naturaleza. Caminar por la naturaleza es, según un Heyd que se inspira en Bashō, una forma de recorrer los entornos naturales que permite tomar conciencia del espacio, adquirir un conocimiento del carácter único de cada lugar, y de cómo la vida humana se desarrolla en el contexto de la naturaleza. En este capítulo resulta especialmente sugerente cómo Heyd vincula la estética del caminar con la de la danza, en una relación que parece muy fructífera y que esperamos que continúe en próximos trabajos.

En segundo lugar, afirma que contemplar pintura rupestre puede enseñarnos a apreciar mejor el entorno natural en que fue creada. Observar la belleza de la pintura nos hace fijarnos en la forma de la cueva, el color y la textura de la roca, cómo llegan la luz y los sonidos al interior de la gruta, la vista que se obtiene del entorno desde la entrada, etc. La cultura que creó ese arte conocía su entorno y lo apreciaba estéticamente y, por ello, estudiar su forma de vida y la obra que nos ha legado, aunque no puede revelarnos con seguridad cómo esas gentes percibían su entorno, sí puede invitarnos a imaginarlo, y así, ayudarnos a nosotros a apreciarlo mejor, fijándonos en detalles y relaciones que sino nos habrían pasado desapercibidos. Enten-

der que un valle es un punto crucial en la migración cíclica de la especie representada en la pintura, por ejemplo, puede enriquecer nuestro conocimiento de ese entorno.

Y en tercer lugar, Heyd examina formas de restaurar la naturaleza dañada. El autor toma el ejemplo frecuente de un paisaje que haya sido transformado por una extracción minera y se plantea qué habría que hacer con él. ¿Sería una buena solución reparar las heridas visibles como si nunca hubiera sucedido nada? Eso resultaría tan difícil como también falso. Heyd se inclina por la solución que han ofrecido algunos artistas como Robert Morris: reinventar el lugar convirtiéndolo en una obra de arte, dándole así un nuevo significado, pero sin ocultar su historia y el daño sufrido.

En la última parte del libro, el autor explora el papel de la cultura en el desarrollo de actitudes apropiadas para una convivencia simbiótica con la naturaleza, y defiende la necesidad de crear una «cultura de la naturaleza», una cultura de una buena convivencia. El ser humano necesita de la naturaleza, y ciertas formas de actividad humana son plenamente com-

patibles con el respeto a las otras formas de vida. Es más, según Heyd, es posible que la cultura contribuya a un mejor desarrollo conjunto de los seres vivos humanos y no humanos. Por ejemplo, ciertas formas de agricultura tradicional aumentan la biodiversidad y crean paisajes bellos e interesantes. Se trata de desarrollar una cultura que permita a la naturaleza expresarse de forma espontánea, que reconozca su autonomía y su significatividad moral.

El libro concluye proponiendo los jardines como un lugar de experimentación en el que hallar nuevas formas de cooperación y enriquecimiento mutuo, donde aprender a respetar la espontaneidad de la naturaleza, y asumirla en una relación simbiótica. Recupera así un tema tan antiguo como la misma cultura, pero que necesita ser repensado en estos tiempos de crisis que se abren ante nosotros. El jardín, ese ejercicio de convivencia que se viene realizando desde los orígenes de la historia humana, se revela ahora como una sugerente escuela de futuro.

Marta Tafalla

Universitat Autònoma de Barcelona

MUÑOZ, Francesc (2008)

UrBANALización. Paisajes comunes, lugares globales

Barcelona: Gustavo Gili

El paisaje urbano es un paisaje repetido, reincidente, sin principio ni fin, estandarizado y común que deviene en continuo movimiento. A través de *UrBANALización*, Francesc Muñoz, doctor en Geografía y profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, donde dirige el Observatorio de la Urbanización y el Máster de Intervención y Gestión del Paisaje, nos introduce en un estudio sobre los efectos de la globalización en el paisaje urbano, cómo ésta ha convertido las ciudades en espa-

cios organizados arquitectónicamente para el consumo, el ocio, la cultura y el turismo global. Lo que nos sitúa ante una sospecha por parte del autor: quizás nos estamos enfrentando a una urbanización banal del territorio, un fenómeno que se da cuando los espacios públicos pasan a ser utilizados como «playas de ocio».

Tras un prólogo de Saskia Sassen, profesora de la Universidad de Chicago, el libro se estructura en un prefacio, cinco capítulos y un epílogo cuya función es